

EL DESIERTO ES BELLO

EL PRINCIPITO es una historia escrita durante la Segunda Guerra Mundial. Cuenta de un piloto cuyo avión se estrella en el desierto. Al punto de perder toda esperanza, se encuentra con un niño que viene de otro planeta buscando amistad. Pasan tiempo juntos y con gentileza y ternura la pequeña criatura le enseña sobre el sentido profundo de la vida y la importancia de vivir.



Nos hallábamos en el octavo día de mi avería en el desierto y... tomaba la última gota de mi provisión de agua.

“Vamos a morir de sed” dije.

“Yo también tengo sed, busquemos un pozo.” dijo el Principito.

Tuve un gesto de cansancio; es absurdo buscar un pozo al azar, en la inmensidad del desierto. Sin embargo, nos pusimos a buscarlo.

Cuando hubimos caminado horas, distinguí como en sueños las estrellas, pues tenía un poco de fiebre a causa de la sed. Las palabras del Principito danzaban en mi memoria.

“¿Tú también tienes sed?” Le pregunté.

Él no contestó la pregunta; simplemente me dijo: **“El agua puede ser buena para el corazón.”**

No comprendí su respuesta, pero me callé.

Yo sabía bien que no hacía falta interrogarle.

El Principito estaba fatigado y se sentó. Me senté junto a él.

“El desierto es hermoso” dijo.

Y era verdad. Siempre me ha gustado el desierto. Uno se sienta sobre una duna de arena. No ve nada. No oye nada. Y sin embargo, algo irradia en silencio...

“Lo que embellece el desierto,” dijo el Principito, **“es que oculta un pozo en alguna parte.”**

Me sorprendió comprender de pronto esta misteriosa irradiación de la arena. Cuando yo era muchachito habitaba una vieja casona y la leyenda contaba que allí había un tesoro enterrado. En verdad, nadie ha sabido descubrirlo y posiblemente ni siquiera se ha buscado. Pero encantaba toda la casa. Mi casa escondía un secreto en el fondo de su corazón...

“Sí,” dije al Principito, “trátese de una casa, de las estrellas o del desierto, **“¡lo que constituye su belleza es invisible!”**

Como el Principito se dormía, lo tomé en mis brazos y continué la marcha. Estaba conmovido. Me parecía llevar un tesoro frágil. Yo miraba a la luz de la luna esa frente pálida, esos ojos cerrados, esos mechones de pelo que ondulaban en el viento y me dije: **“Lo que veo, aquí, es sólo corteza. Lo más importante es invisible...”**

Caminando así, descubrí el pozo al nacer el día.

Antoine de Saint Exupéry: **El Principito**